F

AMILIA CARISMÁTICA

Las familias carismáticas son los conjuntos formados por instituciones y grupos de creyentes unidos por un mismo carisma fundacional, o una misma *raíz carismática*, pero con formas de vida diferentes y con diversas acentuaciones del mismo carisma. La fuerza de la familia carismática no proviene de una institución dominante que arrastra a las demás, sino de la comunión entre las diversas instituciones y grupos, la comunión puesta al servicio de la misma misión y enriquecida ésta por los carismas particulares de cada grupo. El carisma fundacional se afianza como lugar central de referencia para las relaciones entre personas consagradas y laicas en el interior de la familia carismática. Resultan así comunidades con un mismo carisma pero con distintos proyectos existenciales o vocacionales[[1]](#footnote-1).

La familia carismática es definida como “una parte de la Iglesia, entendida como pueblo de Dios en comunión, en cuyas distintas vocaciones, servicios y modos de vida ni se imponen ni se superponen, sino que caminan por la vida completándose para bien de todos y en el servicio del Reino”[[2]](#footnote-2). La idea de familia carismática, a veces definida también como *familia evangélica*[[3]](#footnote-3), comenzó a desarrollarse en el seno de la Iglesia a finales del siglo pasado con la conciencia clara de que el carisma se encarnaba en diferentes formas de vida a través de la misión compartida. No podemos olvidar que los carismas no son abstracciones teóricas, sino que se materializan en un contexto concreto, con personas que viven en un lugar y tiempo determinado. En el fondo, la familia carismática es uno de los desarrollos que produjo la asunción de la eclesiología de comunión en la que se estaba profundizando por aquellos años.

Desde esta perspectiva, el carisma compartido crea una forma peculiar dentro de la Iglesia porque éste es asumido por personas que lo viven desde una especificidad diversa[[4]](#footnote-4). El carisma se convierte entonces, desde su raíz y originalidad, en lugar de encuentro y fuente de identidad. Nos encontramos ante un proceso vital y reflexivo que interpreta el instituto como una prolongación más del carisma fundacional. Es decir, estamos viviendo un tiempo nuevo eclesialmente, tanto para la vida consagrada como para el laicado, que exige todos los esfuerzos posibles desde una constante fidelidad creativa que pone en el corazón el Evangelio. Por esta razón, actualmente se están descubriendo nuevas estructuras en las cuales se pueden integrar en comunión todas aquellas personas que se sienten llamadas a vivir vocacionalmente con el mismo don carismático.



Los laicos que se unen a una familia carismática ya no es sólo para participar en la misión o la espiritualidad del instituto que ha estado en el origen de dicha familia, sino para participar en el carisma fundacional de esta familia, que descubren como una forma peculiar de vivir la identidad cristiana común a todos los fieles. Precisamente, la recuperación del carisma fundacional ha de hacerse partiendo de la identidad bautismal, pues es un don para vivir esta identidad, para encarnar el evangelio con una perspectiva global que se caracteriza por el modo de servir al Reino de Dios, y que a su vez lleva consigo un modo de pertenencia a Cristo a y la Iglesia. El carisma fundacional se ha de redescubrir a la luz del itinerario evangélico del fundador, pero también desde la reflexión y el diálogo entre los grupos que están viviendo el carisma, laicos y religiosos; esta confrontación evita que el carisma se confunda con alguno de los proyectos en que se concreta[[5]](#footnote-5).

El carisma, como perspectiva desde la cual se contempla todo el evangelio, hace de la familia carismática una “familia evangélica”: presenta ante la Iglesia y ante la sociedad un rostro del evangelio que subraya de manera armónica determinadas actitudes de Jesús, determinados valores del Reino, una forma de mediación de la salvación de Dios… Dentro de cada familia, el mismo rostro evangélico se concreta en diversos proyectos existenciales en las correspondientes comunidades eclesiales que componen la familia carismática-evangélica. Cada proyecto existencial, con sus dimensiones eclesial y social, da cauce a los diversos carismas personales e intenta encarnar en formas de vida religiosa o laical el carisma fundacional. El *Mensaje de la II Asamblea Internacional de la Misión Marista* de Nairobi nos lo dice: “A las puertas de celebrar el bicentenario del Instituto Marista hemos imaginado juntos un nuevo relato en el que la profecía, la mística y la comunión sean las características en las que nos reconozcamos y se nos reconozca como Maristas de Champagnat [constituyendo] una familia carismática formada por nuevas y diversas expresiones comunitarias”.

1. Cf. Antonio Botana en *Las familias carismáticas en la iglesia comunión.* Afirmará igualmente: “El carisma fundacional, cuando se apodera de una persona, afecta a toda su vida, a su modo de relación con Dios y con su Reino, a su identidad en la Iglesia, a sus opciones de vida y su modo de integrarse en la sociedad. El carisma se hace vocación, y la persona responde a esta vocación con un proyecto existencial. La familia carismática agrupa y estructura los proyectos personales en las correspondientes comunidades eclesiales que componen la familia”. [↑](#footnote-ref-1)
2. José María Arnaiz, *Vida y misión compartidas. Laicos y religiosos hoy*, PPC, Madrid, 2014, pág. 127. [↑](#footnote-ref-2)
3. El concepto es de Bernardette Delizy, *Vers des «familles évangéliques»: le renouveau des relations entre chrétiens et congrégations,* Les Éditions Ouvrières, París, 2004, quien habla de familia evangélica como una red comunitaria cuyas relaciones se establecen en referencia a un rostro concreto de Jesucristo. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Vida consecrata*, 54. [↑](#footnote-ref-4)
5. Cf Antonio Botana en*Bases para un modelo actual de Familia Lasaliana.* [↑](#footnote-ref-5)